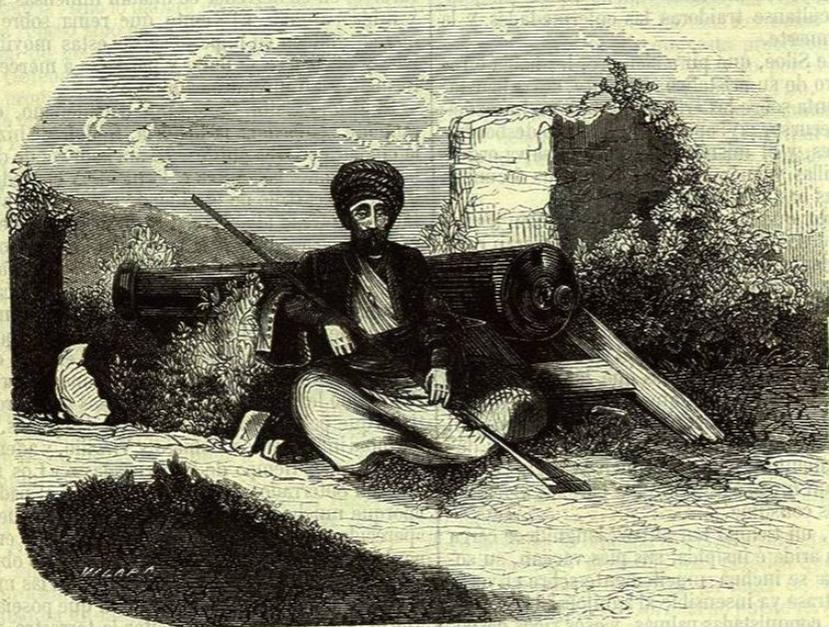


diante el sol lo dora con sus rayos; los dardos y las flechas se desvian ó retroceden á su aspecto, mientras Sion y la colina parecen inclinarse para ofrecerle el homenaje de su alegría.»

Todos los historiadores de las Cruzadas hablan de la piedad de Godofredo, de la generosidad de Tancredo, y de la justicia y prudencia del conde de Saint-Gilles; la misma Ana Comneno hace el elogio de este; el poeta, pues, nos ha pintado los héroes que conocemos; y cuando inventa caracteres, es por lo menos, fiel á las costumbres. Argante es el verdadero mame-luco:

L'altro é Circasso Argante, uom che straniero.

«El otro es Argante el circasiano: aventurero desconocido á la corte de Egipto, que se ha colocado en la categoría de los sátrapas. Su valor le ha investido con los primeros honores de la guerra. Impaciente, inexorable, salvaje, infatigable, invencible en los combates, despreciador de todos los dioses, su espada es su razon y su ley.»



CENTINELA TURCO.

historia esta accion es insignificante; pero en el poema es una batalla superior á las de Virgilio, é igual á los mayores combates de Homero.

Voy ahora á trasladar aquí el sitio de Jerusalém, tomado de nuestras antiguas Crónicas: los lectores pueden comparar el poema con la historia.

El monge Roberto es el mas frecuentemente citado entre todos los historiadores de las Cruzadas. El Anónimo de la coleccion titulada *Gesta Dei per Francos*, es mas antiguo, pero su narracion es demasiado descarnada; Guillermo de Tiro peca por el extremo opuesto. Es preciso, por lo tanto, referirse al monge Roberto, pues aunque su latinidad es afectada, y copia los giros de los poetas, por esta misma razon, no obstante sus juegos de palabras y sus pesados retruécanos (1),

(1) *Papa Urbanus urbano sermone peroravit, etc.; Va-*

Soliman es un verdadero sultan de los primeros tiempos del imperio turco. El poeta, que ningun recuerdo entrega al olvido, hace del sultan de Nicea uno de los antepasados del gran Saladino; y se ve que se propuso pintar á este bajo los rasgos de su abuelo. Si la obra de Berthereau viese alguna vez la luz pública, los héroes mulsumanes de la *Jerusalém* serian mejor conocidos. El citado Berthereau habia traducido los autores árabes que se han ocupado de la historia de las Cruzadas. Esta preciosa traduccion debia formar parte de la coleccion de los historiadores de Francia.

No puedo señalar el lugar donde el feroz Argante recibió la muerte de mano del generoso Tancredo; pero es preciso hallarlo en los valles situados entre el Poniente y el Norte, pues no puede colocarse al Oriente de la torre angular sitiada por Tancredo, porque en tal caso Herminia no le hubiese encontrado herido, cuando volvía de Gaza acompañada de Vafrin.

Respecto de la última accion del poema, que ocurrió cerca de Ascalon, el Taso la ha colocado, con un tacto exquisito bajo los muros de Jerusalém. En la

es menos bárbaro que sus contemporáneos, y tiene por otra parte cierta crítica y una imaginacion brillante.

«El ejército se formó en derredor de Jerusalém del modo siguiente: el conde de Flandes y el de Normandía desplegaron sus tiendas hácia el Norte, no lejos de la iglesia construida en el lugar donde fue apedreado San Estéban proto-mártir; Godofredo y Tancredo se situaron al Occidente; el conde de Saint-Gilles acampó al Mediodía, sobre el monte Sion, al rededor de la iglesia de María, madre del Salvador, en otro tiempo la casa donde el Señor celebró la Cena con sus Discipulos. Así dispuestas las tiendas, mientras las tropas fatigadas del camino descansaban y construian las máquinas propias para el combate, Raimundo Pileto y

*lis speciosa et spatiosa, etc.* Tal es el gusto literario de la época.

Raimundo de Turena, salieron del campamento seguidos de otros muchos, á visitar los lugares vecinos, temiendo ser sorprendidos por los enemigos antes que los Cruzados pudiesen prepararse, y encontraron en su camino á trescientos árabes; empeñado el choque, dieron muerte á muchos de ellos y les cogieron treinta caballos. El segundo dia de la tercer semana (13 de junio de 1099), los franceses atacaron á Jerusalém,

pero no pudieron tomarla en dicho dia. Sin embargo, su trabajo no fue infructuoso, pues destruyeron la antemuralla, y aplicaron las escalas á la principal; y si hubieran tenido suficiente número de ellas, este primer esfuerzo hubiera sido el último. Los que subieron al muro pelearon mucho tiempo con la espada y las armas arrojadas. Muchos de los nuestros sucumbieron en este asalto; pero la pérdida de los sarrace-



SEPULCRO EN EL VALLE DE SILOÉ.

nos fue mucho mayor; la noche puso fin á la accion y dió descanso á entrambos partidos. No obstante, la inutilidad de este primer esfuerzo ocasionó á nuestro ejército un largo trabajo y muchas penalidades, porque nuestras tropas carecieron de pan por espacio de diez dias, hasta que nuestras naves llegaron al puerto de Jafa. Además, sufrieron mucho á causa de la sed; la fuente de Siloé, situada al pié del monte Sion, suministraba apenas agua á los hombres, siendo preciso llevar á beber los caballos y demás animales á seis

millas del campamento, haciéndoles acompañar de una numerosa escolta.

«No obstante, la flota que llegó á Jafa proporcionó víveres á los sitiadores, pero no sufrieron menos los rigores de la sed; esta fue tan terrible durante el sitio, que los soldados hacian escavaciones en la tierra y apretaban sobre sus labios los terrones húmedos; lamian las piedras mojadas de rocío, bebían un agua fétida, que habia estado encerrada mucho tiempo en

pieles de búfalos y diferentes animales; y muchos se abstienen de comer, esperando templar la sed por medio del hambre.

«Los generales hacían llevar desde muy lejos gruesos maderos para construir máquinas y torres. Terminadas estas, Godofredo colocó la suya al Oriente de la ciudad, y el conde de Saint-Gilles estableció otra enteramente igual hácia el Mediodía. Tomadas estas disposiciones, el quinto día de la semana los Cruzados ayunaron y distribuyeron limosnas á los pobres; el sexto, que era el 12 de julio, la aurora se levantó resplandeciente; los guerreros escogidos subieron á las torres, y arrojaron escalas sobre los muros de Jerusalén. Los hijos ilegítimos de la Ciudad Santa se asombraron y estremecieron al verse sitiados por tan imponente multitud. Pero como se veían por todas partes amenazados de la muerte, y consideraban segura su derrota, solo pensaron en vender cara su vida. Godofredo se mostraba en lo alto de su torre, no como un infante, sino como un arquero. El Señor dirigía su mano en el combate, y todas las flechas que disparaba atravesaban de parte á parte al enemigo. A su lado peleaban sus hermanos Balduino y Eustaquio, cual dos leones al lado de un león; recibían terribles golpes de piedra y dardos, y los devolvían con usura.

«En tanto que así se batallaba sobre las murallas de la ciudad, verificábase en derredor de ellas una procesion con las cruces, las reliquias y los sagrados altares. La suerte de las armas se mantuvo indecisa durante una parte del día; pero á la hora en que el Salvador del mundo entregó su espíritu, un guerrero llamado *P' Etolde*, que guerreaba en la torre de Godofredo, fue el primero que saltó á las murallas de la ciudad; siguió Guicher; aquel Guicher que habia derribado un león; Godofredo fue el tercero que se arrojó, y todos los demás caballeros siguieron el ejemplo de su caudillo. Abandonáronse entonces arcos y flechas, y no brilla otra arma que la espada. Al ver esto, el enemigo abandona las murallas y baja á la ciudad, mientras los soldados de Cristo los persiguen con gran gritería.

«El conde de Saint-Gilles, que por su parte hacia extraordinarios esfuerzos para acercar sus máquinas á la ciudad, oyó este clamoreo, y dijo á sus soldados: «¿Por qué permanecemos aquí? Los franceses son dueños de Jerusalén, y la hacen resonar con sus voces y sus golpes.» Esto dicho, adelantóse rápidamente hácia la puerta inmediata al castillo de David, y llamando á los que lo guarnecían les intimó la rendición. No bien el emir reconoció al conde de Saint-Gilles, le abrió la puerta, confiándose á la lealtad de este respetable guerrero.

«Pero Godofredo se esforzaba, al frente de los franceses, en vengar la sangre cristiana derramada en el recinto de Jerusalén, y queria castigar á los infieles por los ultrajes que habian hecho á los peregrinos. Nunca se mostrara tan terrible, ni aun cuando luchara con el gigante (1), en el puente de Antioco. Guicher y muchos miles de guerreros escogidos hendían á los sarracenos desde la cabeza hasta la cintura, ó los dividían por medio del cuerpo. Ninguno de nuestros soldados se mostró cobarde, porque nadie oponia resistencia (2). Los enemigos solo intentaban huir; pero la fuga les era imposible, pues al precipitarse en desordenado tropel, se atropellaban entre sí. Los pocos que lograron escaparse se encerraron en el templo de Salomon, donde se defendieron mucho tiempo. Como el día empezaba á declinar, nuestros soldados invadieron el templo, y poseídos de furor degollaron á todos los que hallaron en él, siendo tan atroz la carnicería, que los

(1) Era un sarraceno de gigantesca estatura, á quien Godofredo partió por mitad de una cuchillada, en el puente de Antioco.

(2) ;Donosa reflexion!

cadáveres mutilados eran arrastrados por las olas de sangre hasta el atrio; y las manos y los brazos cortados flotaban sobre esta sangre, é iban á unirse á cuerpos á que no habian pertenecido.»

Al acabar de describir los lugares celebrados por el Taso, experimento un placer por haber sido el primero en tributar á un poeta inmortal el mismo honor que otros han tributado antes que yo á Homero y Virgilio. Todo el que sea sensible á la hermosura, al arte y al interés de una composicion poética, á la riqueza de los pormenores, á la verdad de los caracteres y á la generosidad de los sentimientos, debe hacer de la *Jerusalén libertada* su lectura favorita. Es especialmente el poema de los soldados, pues respira el valor y la gloria; y, como he dicho en los *Mártires*, parece escrito sobre un escudo en medio de los campamentos.

Cerca de cinco horas invertí en examinar el teatro de los combates cantados por el Taso. Este teatro ocupa menos de media legua de terreno; y el poeta ha señalado con tanta fidelidad los diferentes lugares de su accion, que basta una ojeada para reconocerlos.

Al entrar en la ciudad por el valle de Josafat, hallamos la caballería del pachá, que regresaba de su expedicion. No es posible formarse una idea del aire de triunfo y de alegría de aquella tropa vencedora de los carneros, las cabras, los asnos y los caballos de algunos infelices árabes del Jordan.

Debo ahora hablar del gobierno de Jerusalén; constitúyelo:

- 1.º Un *mosallam* ó *sanjiachey*, jefe militar.
  - 2.º Un *mula-cady*, ó ministro de policía.
  - 3.º Un *mufti*, jefe de los santones y letrados.
- (Cuando este mufti es un fanático ó un perverso, como el que se hallaba en mi tiempo en Jerusalén, es la mas tiránica de todas las autoridades para los cristianos).
- 4.º Un *muteleny* ó aduanero de la mezquita de Salomon.
  - 5.º Un *subachy* ó preboste de la ciudad.

Estos tiranuelos dependen, á escepcion del mufti, de un tirano principal, que es el pachá de Damasco. Jerusalén está incluida en el pachalato de Damasco, sin que se sepa el por qué, si ya no es á causa del sistema destructor que los turcos siguen naturalmente y por instinto. Separada de Damasco por las montañas, y mas aun por los árabes que infestan los desiertos, Jerusalén no puede hacer llegar sus quejas al pachá cuando los gobernadores la oprimen. Mas natural seria que dependiese del pachalato de Acre, que está en sus inmediaciones; en tal caso, los francos y los padres latinos se colocarian bajo la proteccion de los cónsules residentes en los puertos de Siria, y los griegos y los turcos podrian hacer oír su voz; pero esto es precisamente lo que se procura evitar; se quiere una esclavitud muda y no unos oprimidos insolentes que se atrevan á decir que se les tiraniza.

Jerusalén, por consiguiente, está entregada á un gobernador casi independiente, que puede consumir con plena impunidad el mal que le place, con tal que haga al pachá participe de sus ilícitas ganancias. Sabido es que en Turquía todo superior tiene el derecho de delegar sus poderes á un inferior; y poderes que siempre se estienden á vidas y haciendas. Mediante algunas *bolsas*, un genízaro se convierte en un pequeño agá, que puede á su antojo quitar la vida á cualquiera, ó permitirle que rescate su cabeza. De esta manera se multiplican los verdugos en todas las poblaciones de la Judea. Lo único que se oye en este país, la única justicia de que se trata, es: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas; se le darán quinientos palos; se le cortará la cabeza*. Un rasgo de injusticia induce á otra mayor. Si se despoja á un habitante, es indispensable despojar á su vecino, porque para sustraerse

á la hipócrita integridad del pachá es preciso tener, por medio de un segundo crimen, con que pagar la impunidad del primero.

Alguno creará tal vez que el pachá, al recorrer su jurisdicción, aplicará el conveniente remedio á tamaños males, vengando á los pueblos; pero es el caso que el pachá es á su vez el azote mas cruel de los habitantes de Jerusalén; témesese su llegada como la de un jefe enemigo; ciérranse las tiendas; todos se ocultan en los subterráneos, y fingien hallarse moribundos sobre sus esteras, ó huyen á la montaña.

Puedo patentizar la verdad de estos hechos, pues me hallaba en Jerusalén cuando llegó el pachá. Abdallah es un hombre dominado por una avaricia sordida, como casi todos los musulmanes; en su calidad de caudillo de la caravana de la Meca, y bajo pretexto de procurarse dinero para proteger mejor á los peregrinos, se cree con derecho á multiplicar las exacciones; y al efecto no hay ardid que no invente. Uno de los que emplea con mas frecuencia es fijar á los comestibles un *maximum* muy bajo. El pueblo se regocija, pero los mercaderes cierran sus tiendas. La carestía empieza, y entonces el pachá entra en negociaciones secretas con ellos, y les concede, mediante cierto número de bolsas, el permiso de vender á los precios que les acomode. Los mercaderes procuran recobrar el dinero que han dado al pachá, despojándose los géneros á precios excesivos; y el pueblo, presa del hambre segunda vez, se ve precisado á despojarse de su último vestido, para procurarse el sustento.

He visto cometer á Abdallah una vejacion aun mas ingeniosa. He dicho que habia enviado su caballería á saquear los árabes que cultivaban las orillas opuestas del Jordan. Estos desdichados que habian pagado el *miri*, y que no se juzgaban en guerra, se vieron sorprendidos en medio de sus tiendas y rebaños. Los satélites del rapaz Abdallah les robaron dos mil doscientas cabras y carneros, noventa y cuatro vacas, mil asnos y seis yeguas de la mejor raza; solo se escaparon los camellos, aunque fueron cogidos veinte y seis; pues habiéndoles llamado un sheik, le siguieron: estos fieles hijos del desierto fueron á llevar su leche á sus dueños en la montaña, como si hubiesen adivinado que no tenian otro alimento.

Un europeo no podria adivinar lo que el pachá hizo de este botín. Pues bien: señaló á cada animal un precio duplo de su valor. Tasó cada cabra y cada carnero en veinte piastras, y cada vaca en ochenta. Estas reses, asi tasadas, se entregaron á los carniceros, á diferentes particulares de Jerusalén, y á los gobernadores de las poblaciones inmediatas; fue, pues, indispensable tomarlas y pagarlas bajo pena capital. Confieso que si no hubiera visto con mis propios ojos esta doble iniquidad, me pareceria absolutamente imposible. Por lo que toca á los asnos y caballos quedaron en poder de sus dueños; porque, por un extraño convenio entre estos ladrones, los animales de pezuña hendida pertenecen al pachá, en estas reparticiones, y las restantes bestias á los soldados.

Despues de saquear á Jerusalén, el pachá se retira. Pero á fin de no pagar á los guardas de la ciudad y para aumentar la escolta de la caravana de la Meca, lleva consigo á los soldados. El gobernador queda solo con una docena de esbirros, que no pueden bastar para el servicio de la policía interior, y menos aun para la del país. El año anterior al de mi viaje se vió precisado á ocultarse en su casa, para librarse de unas partidas de ladrones que recorrían las murallas de Jerusalén, y que estuvieron á punto de entrar á saco en ella.

No bien se ha alejado el pachá, empieza otro mal, necesaria consecuencia de su brutal opresion. Las poblaciones devastadas se insurreccionan y se acometen mutuamente para entregarse á sus hereditarias venganzas. Todas las comunicaciones quedan interrumpidas;

la agricultura perezce, y el campesino tala durante la noche la vinya ó corta el olivo de su vecino. El pachá vuelve al año siguiente y exige el mismo tributo en un país cuya poblacion ha disminuido. Necesita, pues, redoblar la opresion y esterminar tribus enteras. El desierto se ensancha poco á poco; y ya no se ve de distancia en distancia sino algunas chozas arruinadas, y á su puerta cementerios siempre crecientes; cada año ve desaparecer una cabaña y una familia; y en breve, solo queda en pié el cementerio para indicar el sitio donde se alzaba la poblacion.

Al volver al convento á las diez de la mañana, acabé de visitar la biblioteca, en la que hallé, además del registro de los firmanes, un manuscrito autógrafa del sabio Cuaresmio. Este manuscrito latino tiene por objeto, como las obras impresas del mismo autor, investigaciones relativas á la Tierra-Santa. Algunas otras carpetas contenian ciertos papeles turcos y árabes, concernientes á los negocios del convento, ciertas cartas de la congregacion, misceláneas, etc.; vi tambien algunos tratados de los Padres de la Iglesia, muchas peregrinaciones á Jerusalén, la obra del abate Mariti, y el excelente Viaje de Mr. de Volney. El padre Clemente Perés habia creído descubrir algunas ligeras inexactitudes en este Viaje, y las habia anotado en unas hojas sueltas que me regaló.

Habia visto todo en Jerusalén, y conocia su interior y exterior mucho mejor de lo que conozco el interior y exterior de Paris; por lo cual empecé á pensar en mi partida. Los religiosos de Tierra-Santa se dignaron dispensarme un honor que ni habia solicitado ni merecido. En consideracion á los pequeños servicios que, segun decian, habia hecho á la religion, me pidieron aceptase la orden del Santo Sepulcro. Esta orden, muy antigua en la cristiandad, aun sin hacer subir su origen á Santa Elena, era en otro tiempo muy conocida en Europa; pero en la actualidad solo se halla en Polonia y España; el guardian del Santo Sepulcro es el único que tiene el derecho de conferirla.

Salimos á la una del convento, y nos dirigimos á la iglesia. Entramos en la capilla de los frailes latinos, y cerramos las puertas para que los turcos no viesén las armas, lo que hubiese costado la vida á los religiosos. El guardian se cubrió con sus vestiduras pontificales; encendiéronse las lámparas y los cirios; todos los frailes formaron un círculo en mi derredor, cruzados los brazos sobre el pecho. Mientras cantaban en voz baja el *Veni Creator*, el guardian subió al altar y me arrojó á sus piés. Sacáronse del tesoro del Santo Sepulcro las espuelas y la espada de Godofredo de Bullon, y dos frailes en pié sostenían á mi lado tan venerables insignias. El oficiante recitó las preces de costumbre, y me hizo las preguntas de fórmula. Calzóme luego las espuelas, dióme tres golpes en el hombro con la espada, y me abrazó. Los religiosos entonaron el *Te Deum*, mientras el guardian rezaba esta oracion sobre mi cabeza:

«Señor, Dios omnipotente, derrama tu gracia y tus bendiciones sobre este servidor tuyo, etc.»

Estas ceremonias no son sino el recuerdo de unas costumbres que ya no existen. Pero si el lector piensa en que me hallaba en Jerusalén, en la iglesia del Calvario, á doce pasos del sepulcro de Jesucristo, y á treinta del sepulcro de Godofredo de Bullon; que acababa de calzar la espuela del libertador del Santo Sepulcro, y de tocar aquella larga y ancha espada de hierro que esgrimia en otro tiempo una mano tan noble y leal; si recuerda estas circunstancias, unidas á mi vida aventurera, mis viajes por tierra y mar, adivinará sin esfuerzo cuan conmovido me sentiria. Por lo demás, aquella ceremonia no podia serme indiferente: yo era francés, y Godofredo de Bullon lo era tambien; y sus antiguas armas me comunicaron al tocarme un nuevo amor á la gloria y al honor de mi patria.

Recibí mi diploma autorizado con la firma del guardián y el sello del convento. Con este brillante diploma de caballero, me fue entregada mi humilde patente de peregrino; conservo entrambos documentos como un monumento de mi paso por la tierra del antiguo viajero Jacob.

Ahora que me dispongo á abandonar la Palestina, es preciso que el lector se traslade conmigo fuera de las murallas de Jerusalén, para dirigir la última mirada á esta ciudad extraordinaria.

Detengámonos primero en la gruta de Jeremías, cerca de los sepulcros de los Reyes. Esta gruta es bastante espaciosa, y su bóveda está sostenida por un pilar de piedra; en ella, según se dice, hizo oír el Profeta sus *Lamentaciones*, que parecen compuestas á la vista de la moderna Jerusalén; ¡tan al vivo pintan el estado de esta desolada ciudad!

«¿Qué causa pudo haber, para que una ciudad tan poblada, tan rica y deliciosa, se vea ahora tan solitaria, y despojada de todos sus adornos y bellezas? ¿Cómo es que la que sujetó tantos pueblos á su dominio, y era mirada como la reina de las provincias, se halle al presente como viuda y huérfana, sin rey, sin templo, sin pontífice, sin magistrados, y sufriendo el ignominioso yugo de los caldeos?»

«Sus caminos se ven desiertos, y no hay quien vaya á adorar al Señor en sus mayores solemnidades: derribadas por tierra sus puertas, gimen y suspiran sus sacerdotes: sus doncellas se muestran desaliñadas y desfiguradas, y ella suspira penetrada toda de amarga pena.»

«¡Oh vosotros, todos los que pasáis al lado de Jerusalén por el camino, ved, contemplad, y decidme, si hay alguno que tenga materia de sentir y de dolerse, que se pueda comparar con la que yo tengo!»

«Tenía el Señor determinado derribar los soberbios muros de la hija de Sión; y para esto tendió su cuerda, como hacen los arquitectos cuando quieren nivelar, ó igualar algún terreno. Y cuando hubo comenzado la obra, no apartó de ella la mano hasta haberlo todo destruido, é igualado con el suelo. Cayó, pues el muro, y todo lo que tenía delante, que le servía de resguardo.»

«Las puertas de la ciudad y del Templo se vieron sepultadas en sus ruinas, fueron rotas y quebrantadas las barras y cerrojos que las aseguraban: su rey y sus príncipes, llevados cautivos, gimen la pérdida de su libertad entre las naciones: cesó la esposición de la ley y su observancia, por lo que mira á lo ceremonial y sacrificios: enojado el Señor, ni aun á los verdaderos profetas quiso dar sus respuestas.»

«Al considerar y ver tan grandes miserias, se debilitaron mis ojos, y casi cegaron de llorar sin cesar y sin consuelo, sintiendo dentro de mí conmovidas todas mis entrañas: no cabía en el pecho mi corazón al ver el quebranto de mi pueblo, y cómo desfallecían de hambre y de sed en medio de las calles los niños, y aun los tiernos infantes, que llevaban las madres pendientes de sus pechos.»

«¿Qué ejemplo de calamidad pública y de quebranto podré yo hallar para compararle con el tuyo, hija de Jerusalén, y darte por este medio algún consuelo? ¿Con cuales penas igualaré las tuyas, hija de Sión, para que respire algún tanto, siendo como las aguas del mar sin límites ni término?»

«Pero quedaste burlada, porque todos los que pasaban cerca de tus muros, te insultaban y escarneaban en tus desgracias, y meneando la cabeza, decían: ¿Este es el paradero de aquella grande, hermosa y gloriosa Jerusalén, que llenaba de gozo toda la tierra?»

Vista desde el monte de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat, Jerusalén presenta un plano inclinado sobre un suelo que baja desde Occidente á Oriente. Un muro almenado, fortificado con algunas torres y con un castillo gótico, encierra el casco de la ciudad, de-

jando libre, no obstante, una parte del monte Sión que en otro tiempo comprendía.

En la región del Poniente y en el centro de la ciudad hácia el Calvario, las casas se estrechan bastante; pero hácia el Oriente y á lo largo del valle del Cedron, se descubren unos espacios vacíos, entre otros, el recinto que se estiende al rededor de la mezquita edificada sobre las ruinas del Templo, y el terreno casi abandonado donde se alzaban el castillo Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalén son unas pesadas masas cuadradas, muy bajas, sin chimeneas y sin ventanas, terminando en unas azoteas aplanadas ó en cúpula y se asemejan á unos calabozos ó á unos sepulcros. Todo se presentaría bajo un mismo nivel, si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las copas de algunos cipreses, y los bosquecillos de nopalos no interrumpiesen la triste uniformidad del plano. A la vista de aquellas casas de piedra, encerradas en un paisaje de piedras, puede creerse que son los confusos monumentos de un cementerio en medio de un desierto.

Si entráis en la ciudad, nada os consolará de la tristeza exterior; os perdereis en unas callejuelas no empedradas que suben y bajan en un piso desigual, y camináis envueltos en nubes de polvo ó entre guijarros que ruedan á vuestro paso. Los toldos sostenidos de una casa á otra aumentan la oscuridad de este laberinto; y los bazares abovedados é infectos acaban de privar de luz á la desolada ciudad; algunas mezquinas tiendas no ofrecen al público sino la miseria; y por lo regular están cerradas por temor al paso de un caudillo. A nadie se ve en las calles, á nadie en las ventanas; solo algunas veces un paisano se desliza á través de las tinieblas, ocultando bajo sus vestidos los frutos de su labor, temiendo ser robado por el soldado; en un apartado rincón el carnicero árabe degulla alguna res colgada por las patas á una tapia arruinada; y al ver el semblante sombrío y fosco de este hombre, pudiera creerse que mas bien que de degollar un cordero, acaba de perpetrar un homicidio. El único rumor que por intervalos se percibe en la ciudad decaída, es el galope de la yegua del desierto, en que monta el genízaro que lleva la cabeza del beduino, ó que va á saquear el Fellah.

En medio de esta desolacion extraordinaria, es preciso detenerse un momento para contemplar cosas aun mas extraordinarias. Entre las mudas ruinas de Jerusalén, dos clases de pueblos independientes encuentran en su fe los recursos que bastan para sobrellevar tantos horrores y miserias. Allí viven unos religiosos cristianos, á quienes nada puede inducir á abandonar el sepulcro de Jesucristo: ni latrocinios, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan día y noche en derredor del Santo Sepulcro; y despojados á la mañana por un gobernador turco, la tarde les encuentra al pié del Calvario, orando en el lugar donde Jesucristo sufrió por la salvacion de los hombres. En su frente se retrata la paz del ama, y sus labios sonrien. Sin poder y sin soldados, protegen poblaciones enteras contra la iniquidad. Maltratados por el palo y el sable, las mujeres, los niños y los rebaños, se refugian en los claustros de aquellos solitarios. ¿Quién impide al protervo armado perseguir su presa y demoler tan debiles murallas? la caridad de los religiosos, pues se privan de los últimos recursos de la vida para rescatar á sus suplicantes. Turcos, árabes, griegos, cristianos y cismáticos, todos se entregan á la proteccion de unos pobres religiosos, que no pueden defenderse á sí mismos. Aquí debemos reconocer con Bossuet, que «las manos levantadas al cielo destruyen mas batallones que las armadas de flechas.»

Mientras la nueva Jerusalén sale así del desierto, brillante de claridad, dirigid una mirada entre el monte Sión y el Templo: ved ese otro pueblo que vi-

ve separado del resto de los habitantes de la ciudad. Objeto particular del general desprecio, dobla la cerviz sin quejarse; sufre todas las injurias sin pedir justicia; se deja abrumar á golpes sin exhalar un suspiro, y si se le pide la cabeza, la entrega impasible á la cimitarra. Si algún miembro de esta sociedad proscrita, deja de existir, su compañero irá á enterrarle furtivamente á favor de la noche, en el valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomon. Penetrad en la mansion de ese pueblo, y le hallareis sumido en una miseria horrorosa, haciendo leer un libro misterioso á sus hijos que á su vez le harán leer á los suyos. Ese pueblo hace hoy lo mismo que hacia há cinco mil años.

Ha asistido diez y siete veces á la ruina de Jerusalén, y nada puede impedirle que dirija á Sion sus tristes miradas. Cuando vemos á los judíos dispersos por la tierra, según la palabra de Dios, nos asalta sin duda la sorpresa; pero para que esta raye en lo sobrenatural, es preciso verlos en Jerusalén; es preciso ver á esos legítimos señores de la Judea, esclavos y extranjeros en su propia patria; es preciso verlos esperando, bajo todas las formas posibles de la opresion, un rey que ha de venir á libertarlos. Abrumados por la cruz que los condena, y que está plantada sobre sus cabezas; ocultos cerca del Templo, de que no queda piedra sobre piedra, permanecen en su deplorable ceguera. Los persas, los griegos y los romanos han desaparecido de la tierra; y un reducido pueblo, cuyo origen precedió al de estos grandes pueblos, subsiste aun sin mezcla en los desfigurados escombros de su patria. Si alguna cosa presenta en las naciones el sello del milagro, creo que este sello se encuentra aquí. En efecto, ¿hay algo mas maravilloso, aun á los ojos del filósofo, que este encuentro de la antigua y la nueva Jerusalén al pié del Calvario: la primera, afligiéndose al aspecto del sepulcro de Jesucristo resucitado; la segunda, consolándose al lado de la única tumba que no tendrá cuenta alguna que dar al espirar los siglos?

Di gracias á los frailes por su benévola hospitalidad, y les deseé con toda mi alma una felicidad que no esperan en este mundo; que, próximo á separarme de ellos, experimentaba una verdadera tristeza. No conozco un martirio comparable al de estos desventurados religiosos: el estado en que viven se parece al en que se vivía en Francia bajo el reinado del Terror. Yo me disponía á regresar á mi patria, á abrazar á mis parientes, á ver á mis amigos, y á gozar de las dulzuras de la vida; y aquellos religiosos, que tambien tenían parientes, amigos y patria, quedaban desterrados en aquella tierra de esclavitud. No todos tienen esa fuerza de alma que nos hace insensibles á las amarguras; así, pues, he oído algunas quejas que me han hecho conocer la estension del sacrificio. ¿No halló Jesucristo amargo su cáliz en aquellos mismos lugares? Y no obstante, lo bebió hasta las heces.

El 12 de octubre monté á caballo con Ali-Aga, Juan, Julian y el dragoman Miguel, y al ponerse el sol salimos de la ciudad por la puerta de los Peregrinos. Atravesamos el campamento del pachá, y me detuve antes de bajar al valle de Terebinto para mirar por última vez á Jerusalén, sobre cuyas murallas descubrí la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro, que no tornará á ser saludada por el peregrino, porque ya no existe, y el sepulcro de Jesucristo está actualmente espuesto á las injurias de la intemperie. En otro tiempo toda la cristiandad hubiera corrido para reparar el sagrado monumento; hoy, empero, nadie piensa en ello, y la mas pequeña limosna empleada en esta obra meritoria, parecería una supersticion ridicula. Despues de contemplar durante algún tiempo á Jerusalén, me interné en las montañas. Eran las seis y media cuando perdí de vista la Ciudad Santa: el navegante señala así el momento en que desaparece á su vista una tierra lejana que no debe tornar á ver.

En el valle de Terebinto hallamos á los caudillos de los árabes de Jeremías, Abou-Gosh y Giaber, que nos esperaban; llegamos á Jeremías á las doce de la noche, y comimos un cordero que Abou-Gosh nos habia hecho preparar. Quise darle algún dinero, pero se negó á tomarlo, y me rogó únicamente le enviase dos cargas de arroz de Damietta, cuando me hallase en Egipto, lo que le ofrecí hacer con la mejor voluntad, y no obstante, no me acordé de mi promesa sino en el momento de embarcarme para Túnez. No bien se restablezcan nuestras relaciones con el Levante, Abou-Gosh recibirá su arroz de Damietta, y verá que un francés puede carecer de memoria, pero nunca de palabra. Espero que los muchachos beduinos de Jeremías darán la guardia á mi presente, y que dirán aun: «¡Adelante! ¡Marchen!»

El 13 á mediodía, llegué á Jafa.

## SESTA PARTE.

### VIAJE POR EGIPTO.

GRANDE fue mi perplejidad á mi regreso á Jafa, pues no habia en el puerto ni un bajel, lo que me hacia dudar entre el proyecto de ir á embarcarme á San Juan de Acre, y el de trasladarme por tierra á Egipto. Hubiera preferido esta segunda resolucion, pero era impracticable, porque cinco partidos armados se disputaban á la sazón las orillas del Nilo: Ibraim-Bey en el Alto-Egipto; otros dos pequeños beyes independientes; el pachá de la Puerta en el Cairo; una banda de albaneses insurrectos, y El-Fy-Bey en el Bajo-Egipto. Estos diferentes partidos infestaban los caminos; y los árabes, aprovechándose de tal confusion, acababan de cerrar todos los pasos.

La Providencia acudió en mi auxilio. Al subsiguiente día de mi llegada á Jafa, cuando ya me disponia á partir para San Juan de Acre, vi entrar en el puerto un barco de la escala de Trípoli de Siria, que venia en lastre y buscaba cargamento. Los frailes enviaron á buscar el capitán, quien accedió á conducirme á Alejandria, y en breve concluimos nuestro tratado, que conservo escrito en árabe. Mr. Langrés, tan conocido por su erudicion en las lenguas orientales, lo ha juzgado digno de ser presentado á los sabios; á causa de las muchas singularidades que contiene, y tuvo la complacencia de traducirlo; yo he hecho grabar el original:

### EL (Dios).

«El objeto de este escrito y el motivo que lo hace trazarse es que en el día y fecha aquí citada, los firmantes hemos fletado nuestro barco al portador de este tratado el señor Francesko (francés), para ir de la escala de Yafa á Alejandria, bajo condicion de que no entre en ningún puerto, y que se dirija directamente á Alejandria, á no ser que se vea obligado por el mal tiempo á entrar en alguna escala. «El flete de este barco es cuatrocientos ochenta ghirouch (pesos) á leon, cada una de las cuales vale cuarenta parah (1). Han convenido entre sí que el mencionado flete sea satisfecho á su entrada en Alejandria. Pactado y convenido entre ellos delante de los testigos que abajo firman. Testigos:

«El Seid (el señor) Mousthafá el Báhá; el seid

(1) Aunque aquí se halla empleada la voz árabe *fadhah*, que en rigor significa *dinero*, esta voz indica en este caso la moneda infima conocida en Egipto con el nombre de *parah* ó *mejdyn*, valuada en 8 dineros  $\frac{1}{7}$ ; en el *Anuario de la República francesa*, publicado en el Cairo en el año IX. Según la misma obra, pág. 60, la piastra turca, el *ghirouch* de 40 parah vale 1 lib., 8 sueldos y 6 dineros  $\frac{1}{7}$ .